

GUÍA GENERAL DE LOS ORATORIOS CON NIÑOS PEQUEÑOS

Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Más Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: “Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como estos es el Reino de Dios”. Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos (Mc 10,13-16).

(Todas las indicaciones de esta guía están inspiradas en las “Notas espirituales y pedagógicas de una experiencia” escritas por el Padre Gonzalo Carbó Bolta, sacerdote de los “Cooperatoris Veritatis de la Madre de Dios”, principal iniciador de la experiencia de los oratorios, que, en el contexto del proyecto catequético de la diócesis de Madrid, ofrecemos adaptadas a la propuesta del “Despertar religioso” y de las catequesis de la primera y segunda infancia en el itinerario de la Iniciación cristiana. Les proponemos a los catequistas que estudien estos siete puntos que ofrecemos a continuación, pero sobre todo que traten de participar en los cursos de oratorios organizados por la diócesis de Madrid con la colaboración del Padre Carbó y de su equipo de Valencia).

1. EL ORATORIO, EXPERIENCIA DE JESÚS, DE FAMILIA Y DE IGLESIA

¿En qué consiste el Oratorio?

En la experiencia que podemos definir con estas palabras: “Jesús quiere encontrarse con los niños y que los niños tengan un encuentro con él”. Por eso es fundamental en el Oratorio el descubrimiento vital, no meramente teórico, de lo que describimos a continuación.

La experiencia de las presencias de Jesús

- ◆ Jesús vive en la Iglesia y, en ella y por ella, en el mundo y para el mundo.
- ◆ Jesús vive en la Eucaristía (en el sagrario).
- ◆ Jesús vive y actúa entre nosotros y en nosotros cuando dos o más están reunidos en su nombre; cuando proclamamos su Palabra; cuando oramos y cantamos; cuando el presbítero actúa “en persona de Cristo”; en nuestro corazón, por el Espíritu Santo.
- ◆ Jesús presente en los niños (especialmente en los niños más necesitados); en los pobres y los pequeños del Evangelio; en el otro, en el prójimo.

De la fe en estas presencias partimos. A esos “lugares de encuentro” queremos que se acerquen los niños.

La experiencia de relación personal con Jesús

Pensamos que el niño debe y puede crecer conociendo a Jesús y relacionándose con él desde tan pequeñito (el bautizado por gracia, y el no bautizado por apertura natural al misterio de Dios), que no quede en su conciencia posterior memoria del día y la hora en que por primera vez se le habló de Jesús y empezó a orar. “Desde siempre” conoce a Jesús y habla con él, dirá. Para ello hay que iniciarle cuanto antes en ese contacto íntimo, en ese conocimiento.

La experiencia de familia

A medida que van avanzando las reuniones, aparecen en ellas relaciones nuevas y verdaderas con el Señor y entre todos.

- ◆ Se muestra el Oratorio como una nueva familia en Jesús, donde se dan algunos rasgos de la Familia de Nazareth. Y, llegado el momento, en el constatar de los mismos niños, que van descubriendo a Dios padre y madre, a Jesús hermano, al Espíritu Santo que es amor, a María, y a la Iglesia madre y educadora.
- ◆ Llega el momento en que a los niños se les puede abrir otro secreto: que Jesús deja un día su Familia de Nazareth y adquiere otra familia: donde “mi

madre y mis hermanos son estos: los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen" (Lc 18,19-21). Los niños entienden enseguida que se refiere a ellos, que ya llevan un tiempo viviendo de la Palabra, escuchándola, aprendiéndola, repitiéndola, amándola, deseando verla cumplida en sus vidas.

- ◆ **Esa nueva familia de Jesús es la Iglesia.** Y queda en su conciencia como una experiencia viva de Iglesia, quizás la primera a su alcance, sobre todo para aquellos niños que vienen de familias lejanas de la experiencia de la fe y de la Iglesia.

La experiencia unitaria

Jesús, el Padre, el Espíritu, María, la Palabra; las presencias y los signos; la oración y el canto; el amor y el perdón entre ellos; el presbítero y los catequistas; la "elección para la misión de anunciar al mundo la misericordia de Dios"; la alegría y la fiesta... Todo ello se va engarzando de un modo misterioso para su crecimiento como miembros, que son o serán, del Cuerpo visible de Jesucristo resucitado, que es su Iglesia.

2. EL ORATORIO, INTRODUCCIÓN AL MISTERIO

El Oratorio, introducción al Misterio escondido desde los siglos

Misterio "secreto". Apenas es vislumbrado; tiene un poder de atracción irresistible. No solo para los adultos, especial y vivamente para los niños. Así se ha comprobado ininterrumpidamente en la experiencia de los oratorios con niños pequeños.

El Oratorio como acompañamiento mistagógico

Es vital para ellos ir conociendo y desentrañando el misterio de Dios. Es un mar inmenso en el cual buscar sin llegar nunca a recorrerlo, como agua desbordante que no puede meterse en el hoyito de arena que el niño ha hecho en la playa, como fuente de seada que nos sacia sin quedar nunca agotada.

- ◆ **Los niños buscan en ese mar inmenso.** Y se quieren adentrar con mil preguntas e intuiciones. Nosotros los cogemos de la mano, y los acompañamos;

pero defendemos su secreto, cuando contestar sus preguntas en el momento equivaldría a ahogar su inquietud con conceptos que no entenderían...

- ◆ **Por eso los llevamos a "bañarse en las orillas de la playa",** nos adentramos un poco, salimos, paseamos, sentimos su brisa, bordeamos este inmenso océano del Amor misterioso de Dios, catequista y niño cogidos de la mano.
- ◆ **Ellos encuentran su seguridad y su fe en las nuestras.** Y creen que nosotros conocemos y vivimos el misterio en su totalidad, como si para nosotros no lo fuera.
- ◆ **Nosotros les confesamos que el Misterio es insondable,** que también se nos escapa, pero les iremos acercando a él, poco a poco, para que lo vivan por sí mismos, originalmente.
- ◆ **Y aceptan, y les basta,** que cuando quieren conocer todo les demos solo un poquito: "porque tienes que crecer... más adelante os lo explicaré... un día veréis..."

El Oratorio en el proceso de la iniciación cristiana

Luego a casa. El niño ha crecido y ha disfrutado con ese encuentro amoroso con las aguas del Bautismo, con el océano del Amor del Padre, llevados de la mano de María y José.

- ◆ **Le gustaría quedarse allí, plantar su tienda, hacerse su hogar.** Pero lo devolvemos a su casa, a su realidad. Como tiene hambre y sed del Amor conocido, volverá. Y cada día se dejará más fácilmente conducir, y hará todo mejor; porque los niños, al obedecer, descubren paz, y felicidad y sabiduría que antes no tenían, y dulcemente creen.
- ◆ **Siempre respondemos con expresiones exactas teológicamente,** adultas, que les sirvan para siempre. Ese poquito concreto los alimenta, los sacia, los pone en camino... Y al mismo tiempo los mantiene expectantes ante el "secreto escondido" que un día se les revelará.
- ◆ **Ellos desean siempre saltar de la orilla segura conocida al inmenso y desconocido mundo que**

intuyen detrás. Pero hay que ayudarlos a esperar y estimularlos a crecer para que llegue ese momento: “cuando conozcáis más a Jesús”, “cuando sepáis orar mejor”, “cuando podáis obedecer mucho”, “cuando aprendáis las Palabras de Jesús, del Libro”... Y ellos obedecen y crecen y conocen.

El Oratorio para secundar la acción del Espíritu

No obstante, nuestra pedagogía no limita la del Espíritu Santo, que les revela verdades que nosotros nunca les hemos transmitido, y que nos sorprende, para que entremos en el gozo de Jesús ante los pequeños y sencillos... Es Dios mismo quien les revela el misterio escondido...

3. SIETE OBSERVACIONES BÁSICAS PARA LOS CATEQUISTAS

1.^a Es regla de oro que lo importante es “llevar a los niños a Jesús”. La metodología del Oratorio es bastante sencilla si los catequistas viven tanto la fe como la oración. Por eso podemos ir bien relajados y confiados a cada encuentro o reunión, después de haber preparado todo como mejor sabemos, pues el Señor es quien tiene el mejor interés de que salga bien. Lo esencial es ayudar a creer en la presencia de Jesús, llevarlos al encuentro y dejarles que se relacionen con él. Los catequistas acaban siendo testigos privilegiados de esos encuentros entre Jesús y sus niños, repletos de armonía y vitalidad. Por eso en cada reunión hay un momento principal: escuchar el Misterio de Dios en la Palabra, y dejarse introducir contemplativamente en él, para suplicar la gracia esperada, que sugerirá a cada paso de la reunión.

2.^a El fin del Oratorio es la bendición. No solo es el final de cada reunión, sino el fin de cada reunión. Más allá de esquemas, itinerarios, acciones, gestos, cantos (todo lo que configuraría el Oratorio), lo importante es la Bendición. Una reunión ha “acontecido” si los niños salen bendecidos por el Padre, gracias a Jesús presente y “sensible” que habla y al Espíritu que unge y consuela con su Amor. Los catequistas sin signos e

instrumentos de esta Bendición: su caridad, su paciencia laboriosa y esperanzada, su perdón “setenta veces siete”, sus gestos y palabras “diciendo-bien” siempre de cada niño, su referencia a Jesús, Buen Pastor, su docilidad a Dios Padre “que os ha amado el primero”, su sencillez y confiado abandono al Espíritu que “sabe lo que hace” por medio de nosotros, serán el cauce de esta bendición.

3.^a El canto es uno de los componentes de la reunión más importantes. Para los niños resulta uno de los momentos más gozosos del encuentro y el vehículo más sencillo y denso de su participación. Por el canto, que muchas veces repiten en sus casas, en el recreo, con amiguitos, se prolonga algo de la reunión en sus vidas, y llega a otros. Los cantos aprendidos pueden ser verdaderos soportes de su fe, ahora y más adelante. Están al servicio de la oración, con letras profundas bíblica y teológicamente, y melodías con unción religiosa. No importa que el niño no entienda todo, incluso alguna palabra que no sea de uso corriente, o que teológicamente sea muy densa: será objeto de catequesis posteriores. Aprenden el canto a medida que se va cantando, sin perder mucho tiempo en ensayos.

4.^a Es muy importante preguntarles el nombre, dirigimos a cada niño por su nombre, y que su nombre se pronuncie ante el Señor. “Vuestros nombres están escritos en el cielo...” (Lc 10,20). En las primeras reuniones nos presentamos, pedimos a cada uno que diga su nombre, o a alguien que diga el nombre de todos (no el apellido). Y lo volvemos a hacer de cuando en cuando. Si acude una persona nueva (un presbítero, algún familiar, un niño, cualquier persona), nos presentamos siempre. También, para subrayar el carácter personal y real de la relación con Jesús, en las oraciones cada uno puede decir su nombre: “Jesús, yo me llamo N., y ...” (continúa la oración).

5.^a Recomendamos tomar notas y apuntes de lo que hemos observado en la reunión: de momentos o anécdotas relevantes; del lenguaje que emplean los

niños (ellos nos enseñan el lenguaje que hemos de emplear para hacernos uno con ellos); de lo que no ha salido como hemos previsto; de las “sorpresas” del Espíritu.

6.º Las reuniones se pueden repetir cuando, a criterio del catequista, convenga afianzar la experiencia tenida y fijar el mensaje evangélico, consolidar un gesto, una actitud, una misión, asimilar mejor un contenido intelectual. Porque el oratorio no busca amaestrar a los niños ni que retengan palabras y verdades, sino que vivan, que tengan la experiencia íntima del misterio. Porque en la duplicación de una reunión siempre hay una “nueva” experiencia y un avance en el acercamiento al misterio.

7.º A las sesiones del oratorio las llamamos reuniones, evocando una de las presencias de Jesús: “Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Así lo quisieron un día unos niños, en uno de los primeros oratorios. Palabra que, en aquellos niños, tenía y tiene un extraño poder de convocatoria. Jesús ha venido a “reunir en uno a los hijos de Dios dispersos por el mundo” (Jn 11,52). Él, Palabra de Dios, se hizo carne y puso su Tienda entre nosotros. Él es la nueva “tienda del encuentro con Dios” (cf. Ex 33,8-11).

4. LA RELACIÓN PERSONAL CON LOS NIÑOS

1.º Cada niño se siente querido, singularmente. Se le llama y conoce por su nombre, no por mote o diminutivos que a ellos normalmente no les gustan y los demás sí utilizan.

2.º “Bendecimos” siempre a cada niño, reflejando el amor singular que Dios le tiene. No permitimos que nadie “mal-diga” de otro niño, porque nadie puede conocer y juzgar al otro, solo Dios. Y Dios ama y bendice al inicio, en medio y al final.

3.º Se les corrige singular y discretamente: No interrumpimos la reunión con correcciones en voz alta, sino que el catequista se acerca al niño y habla con él; o el catequista de apoyo saca afuera al niño

con problemas (llora, se mueve, se levanta, está triste, tiene alguna necesidad que expresa en voz alta...) y lo ayuda a serenarse y modificar su comportamiento y volver a la reunión. Se crea, en todos, un momento de silencio y de expectación que es beneficioso.

4.º Es importante cuidar la postura: bien sentados (la espalda en el respaldo), las piernas juntas (apoyando las plantas de los pies en el suelo), las manos sobre las rodillas, los ojos cerrados (sin apretarlos).

5.º Les enseñamos unas reglas (con firmeza, sin transigir, con claridad). Los pedagogos coinciden en que a los niños les gusta que se les indiquen reglas para todo, porque si no se sienten perdidos. El niño puede, a pesar de todo, distraerse, seguir nervioso. Lo que no puede hacer nunca es molestar a otros. En situación extrema le invitamos a abandonar el Oratorio unos minutos, y luego, si desea continuar, se le permite entrar de nuevo. Al final de la reunión le ayudamos a ver su comportamiento. Ellos no se ven a sí mismos, como si las cosas ocurrieran “sin ellos”, fuera de ellos. Por eso la adecuada corrección les ayuda a tomar conciencia de sí y de la realidad.

6.º Cuando un niño manifiesta de algún modo que vive un problema, hablamos con él, lo apoyamos en lo posible; y si ha salido ante los demás, le “anunciamos la salvación” que le trae el Señor. Estos anuncios singulares llevan a una mayor esperanza en Jesús y tienen un poder realmente transformador de la actitud y del comportamiento de los niños.

7.º Y nos hacemos ciertamente presentes al niño cuando goza, crece, se transforma a la luz del Misterio. Nuestra palabra les da seguridad, alimenta su fe y su esperanza (léase “ilusión” en la psicología del niño), les hace reconocer la obra de Dios en ellos.

5. LA PREPARACIÓN DE LAS REUNIONES

Es imprescindible preparar las reuniones

Tenemos que hablar de una preparación remota y de una preparación próxima.

Preparación remota

La preparación habitual no se puede improvisar, es la propia relación con Jesús, toda la vida de fe, tanto la vida diaria del catequista como su experiencia de oración. Enseñamos a orar en la medida en que sabemos orar. Esto que es elemental se olvida cuando la misma acción apostólica se vive como una actividad más, profesional más que espiritual, en el Espíritu. Forma parte de esta preparación remota la formación básica y permanente del catequista, tanto bíblica como teológica, catequética y psicológica.

Preparación próxima

- ◆ **La preparación material** consiste en la previsión del ritmo, partes y elementos de la reunión, preparación de la asamblea.
- ◆ **La espiritual** consiste en orar la Palabra que se va a proclamar a los niños y abrirse uno mismo a las actitudes, gracias, misión, etc., que quisiéramos que ellos vivieran. Esa oración la hacemos desde la propia vida, en un tiempo de contemplación y de “escrutación” de la Escritura, invocando sin cesar la presencia del Espíritu Santo en niños y catequistas. De tal manera que, gozosamente, notaremos que la reunión con los niños se convierte para nosotros en una complementación de la intimidad que antes hemos vivido con el Señor y su desarrollo en la misión.

En concreto, proponemos dos cosas:

- ◆ **Que el catequista haga su oración personal** (a modo de *lectio divina*) con la “Escucha de la Palabra” del oratorio que va a tener lugar ese día, para vivirla él mismo y continuar su oración con los niños a la hora de la reunión. Más que “pedagogos de la oración de niños”, somos “orantes entre los niños”.
- ◆ **Que el catequista tenga muy presente la “gracia”** (mejor que “objetivo”) de cada reunión: “Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5). Esperamos humildemente en cada reunión que Jesús se nos acerque, a nosotros y a nuestros niños, y nos dé la gracia especial de cada Palabra de su Evangelio.

6. EL LUGAR DE LAS REUNIONES

Tiene que ser un “lugar” digno, bien preparado, bello, silencioso, atractivo, donde nada sobra y nada hace falta, “tienda de la reunión”, “lugar de Dios”, lugar tanto de los instrumentos (alfombra, sillas, etc.), como de los signos de las presencias de Jesús.

La alfombra

Aunque toda la estancia esté ya enmoquetada, que es lo ideal, colocamos en el centro una alfombra, símbolo de la “tierra prometida”, de la “comunidad consagrada”, que se respeta (no pisándola), y donde se colocan habitualmente o en su momento algunos signos y donde se “entra” o accede en acciones concretas (de adoración, de bendición, de cercanía y contemplación, de ofrenda).

No pisar la alfombra ayuda a los niños a distinguir, respetar, estructurarse... y nos permite a nosotros descubrir los niños que se mueven sin relaciones al exterior; cuando alguien se olvida y la pisa, silenciosamente se le requiere para recordárselo y que de nuevo se desplace sin pisarla.

La sede

La sede está siempre, aunque quede detrás de la asamblea constituida en la reunión. Si es grande y digna, los niños la identifican con un trono. Y un día u otro preguntan por ella: se responde que un día verán para qué y para quién sirve. En la celebración, en que se les ofrece la presencia de Jesús en el presbítero vestido de blanco, entienden -ya para siempre- que ahí está Jesús.

Las sillas

En torno a la alfombra, y abrazándola, se colocan las sillas, dejando entre estas y aquella el espacio necesario para desplazarse y colocar los pies (sentados) sin pisarla.

- ◆ Para los niños empleamos sillas pequeñas (no conviene que las piernas queden “volantes”, tampoco que estén encogidas), y para los catequistas unas banquetas adecuadas.

- ◆ Se ha comprobado que estar sentados en la moqueta, no favorece la quietud durante mucho tiempo de los niños. Eso no impide que en algunas reuniones vivan algún momento sentados en el suelo; pero suele ser sobre la alfombra y por cercanía a algún signo especial.
- ◆ Es importante que no haya más sillas que las que se ocupen.

El sagrario

Tener el sagrario ha sido muy importante en la experiencia de los oratorios: es una llamada continua a la fe y al misterio de la presencia eucarística de Jesús, y una fuente de actitudes nuevas en los niños:

- ◆ **Conviene que esté en un lugar visible, no en el centro** o lugar de la presidencia, hacia el cual los niños puedan fácilmente dirigir la mirada y contemplar. La lamparilla encendida les indica -aquí y en las iglesias- que Jesús Eucaristía vivo está dentro del sagrario.
- ◆ **Aunque no se haya tenido aún la reunión sobre la presencia eucarística:** Ya desde el primer día en que ellos lo descubren, se les dice que un día lo abriremos y verán a Jesús: en este deseo, y en obediencia a nosotros que posponemos siempre ese día, esperan tranquilos y expectantes el día "señalado".

El libro (la Biblia)

La Biblia es una presencia de Jesús; Jesús nos habla cuando alguien lo lee, lo proclama. Es el libro sagrado. Como tal es venerado, y en ocasiones besado.

- ◆ Tiene que ser de buena y bella edición (canto dorado, tapas forradas de plata, alpaca o metal digno), que visualmente diga a los niños -y a todos- su importancia.
- ◆ Ha de estar colocado en un gran almohadón rojo, sobre la alfombra, delante del lugar del presbítero o catequista en las reuniones.
- ◆ En las celebraciones se coloca sobre un atril (conviene que sea elevable, para poderlo acomodar a la estatura de los niños, en los días en que ellos ya lean).

- ◆ Se puede acompañar el almohadón o el atril de un florero con flores, discreto en el primer caso, más abundante y "frondoso" en el segundo.

El Cirio pascual

El Cirio pascual es recuerdo del Señor, de que resucitó después de muerto y que está vivo para siempre. Es un velón, no muy alto, sobre candelabro digno de cerámica o de madera o de metal, que hace presente a la luz inextinguible que es Cristo resucitado en medio de la noche. Se coloca cerca de la Biblia.

La cruz

La cruz (sobre una peana) es signo de la pasión de Jesús, de que murió crucificado por amor nuestro, por nuestros pecados.

- ◆ **Conviene que sea de metal**, dorada o salteada, bien esbelta. Se coloca, inicial y normalmente, fuera de la alfombra, detrás de la asamblea, a la derecha de la presidencia y al alcance de la mano del catequista, para señalarla y aun coger con facilidad.
- ◆ **Detrás de la alfombra**, en segundo plano, pero bien presente. En algunas reuniones, y sobre todo celebraciones, puede ponerse sobre en la alfombra. Pero normalmente queda atrás.

El icono de María

El icono de María, con Jesús en sus brazos, es un recuerdo de Jesús, cuando era niño, de cómo él y su mamá se querían, de cómo esta le amaba y, por ello, lo cuidaba, lo educaba, le enseñaba el amor de Dios y a rezar.

- ◆ **En la tradición de los oratorios es la imagen del Perpetuo Socorro.** También puede ser una imagen de Santa María la Real de la Almudena, patrona de Madrid, o una imagen patronal de la parroquia o del colegio donde se hagan los oratorios, siempre que sea con el niño Jesús en brazos.
- ◆ **Está también discretamente, en segundo plano**, en una de las paredes laterales, cuidando de todos nosotros, previendo, intercediendo, animando... En momentos significativos bajará en medio de la

reunión, sobre la alfombra (con algún ropaje y flores que dignifiquen su lugar).

El cuadro o la imagen de un santo

Hace presente la fecundidad de la santidad de la Iglesia.

- ◆ **En la tradición de los oratorios es de san José de Calasanz**, fundador de las Escuelas Pías, enseñando a un niño a hacer la señal de la Cruz (versión Segrelles).
- ◆ **Pero también puede ser la imagen de otro santo o santa**, vinculados patronalmente a la parroquia o el colegio donde se da el oratorio. Y los demás santos “catequistas” de niños son todos muy apropiados: san Juan Bosco, san Juan Bautista de la Salle, san Enrique de Ossó...

La iluminación

Muchas reuniones requieren un ambiente de silencio e intimidad que viene propiciado por una cierta penumbra. Lo ideal sería, a partir de la experiencia de los oratorios:

- ◆ **Un foco para el Libro**, de luz concentrada, en el techo.
- ◆ **Otro igual para iluminar la cruz**, el icono de María, las imágenes de los santos, que se coloquen sobre la alfombra en reuniones que lo requieran (movible, en la pared frente a la presidencia).
- ◆ **Apliques laterales**, para iluminar con luz cálida indirecta, que llene de luz el Oratorio.
- ◆ **Enchufes e interruptores en varios lugares**, tanto en la entrada de la sala como detrás de los catequistas, al alcance de la mano.

7. EL DESARROLLO POR PARTES DE LAS REUNIONES

Se propone un orden de los diversos momentos de cada reunión, pero no tiene por qué ser un orden rígido, ni todos los momentos han de tener su tiempo en el encuentro. Incluso dentro de cada núcleo deben moverse según mejor se vea en cada situación. Ni siquiera el orden de los núcleos es necesariamente invariable: aunque tienen la lógica de la experiencia

habitual, depende del momento de los niños, del mismo objetivo de la reunión, del tiempo que se dispone. Como esquema general completo sirva el siguiente:

<p>Antes de empezar</p> <ul style="list-style-type: none"> • Preparación física • Entrada y distribución • Clima de oración
<p>Primer núcleo: Oración del corazón</p> <ul style="list-style-type: none"> • Oración inicial • Memoria de la reunión anterior y de las presencias y recuerdos de Jesús • Oración del corazón • Canto meditativo
<p>Segundo núcleo: Orar con la Palabra</p> <ul style="list-style-type: none"> • Introducción a la Palabra • Escucha de la Palabra • Comentario a la Palabra • Versículo clave • Aplicación a la vida
<p>Tercer núcleo: Orar juntos</p> <ul style="list-style-type: none"> • Oraciones en común • Oración final (Shemâ, Padrenuestro, Avemaría) • Bendición / imposición de manos • Canto final • Despedida y salida

ANTES DE EMPEZAR LA REUNIÓN

- ◆ **Se recoge a los niños en un lugar distinto al de la reunión**, y se les invita a arreglarse (pelo, vestido, lavarse las manos, etc.) para el nuevo encuentro con Jesús. Con frases e intervenciones breves, claras, acertadas, los niños se apaciguan interna y externamente y surgen en ellos las disposiciones necesarias (observancia, atención, expectación, interés...) para poder vivir con fruto la reunión.

- ◆ **Conviene que se habitúen al silencio y al orden para trasladarse al Oratorio** (que no se oigan sus pisadas, no jugar entre ellos, no pelearse, respetar los lugares donde hay otros grupos, etc.). En ocasiones, y ya adentrados en la experiencia del oratorio, les proponemos ir rezando “en secreto” con alguna frase sencilla que repite el ritmo de su andar y que los prepara para la reunión.
- ◆ **El primer día, ya en la puerta del Oratorio, se les dice que van a entrar en el lugar más importante de la parroquia** o del colegio, donde vive una Persona que van a conocer, y que los quiere mucho. Este paso, al principio, puede resultar lento y penoso; la experiencia demuestra que a medida que los niños entran en comunión con Jesús, crece en ellos la observancia a estas orientaciones o normas.
- ◆ **Antes de entrar en el Oratorio, el catequista les anticipa el misterio que van a vivir.** Los niños acogen fácilmente y con mucha ilusión y expectativa todo lo misterioso y nuevo; y esto crea en ellos atención y respeto. En todo momento, el catequista espera pacientemente a que los niños puedan escucharlo y seguirlo; él hace en primer lugar todo lo que dice a los niños y estos, al ver como lo hace y vive, lo imitan. No se acelera ni omite un paso por vivir otro. Si el tiempo es breve, se vivirá brevemente el conjunto.
- ◆ **Los niños entran voluntariamente al oratorio: se les invita y cada uno acepta.** Cuando algún niño no quiere entrar (o no quiere permanecer) hablamos personalmente con él y le hacemos una invitación personal. Nunca los obligamos. La experiencia dice que los niños quieren entrar y estar con Jesús, con interés creciente, a medida que pasa el tiempo.
- ◆ **La sala debe estar toda ella “bellamente” preparada** cuando lleguen los niños, para alimentar también así el sentido de la estética y de la sorpresa. Las sillas justas, según el número de niños, y suficientemente espaciadas para que no caigan en la tentación de jugar entre ellos. Hay que evitar elementos y objetos que no tengan que ver con el desarrollo de la reunión. En los primeros días ellos

preguntan por el significado de cada elemento, y no puede haber nada accesorio, ni duplicados.

- ◆ **Entran en silencio, con mucho respeto y orden.** “Jesús está ahí -les decimos- y te mira, te quiere, te ayuda. Espera tu saludo”. Y de uno en uno irán a saludar y a sentarse. Deben ir por donde no pisen la alfombra. Para evitar que los más amigos se sienten juntos, se les dice que dejen una silla vacía a cada lado, hasta que, ocupada la mitad, el resto se sienta en las que quedan. Si algún niño habla, corre, pisa la alfombra, se precipita, el catequista le enseña a hacerlo bien, y le ayuda... Cada niño es atendido con amor y solicitud, sin exigencias ni prisas.
- ◆ **Se les invita a que hablen con Jesús** (puede resultar un tiempo “largo” hasta que se sienten todos; los que esperan sentados deben rezar mientras tanto). La experiencia dice que los niños viven desde el inicio una comunicación con Jesús, rezan desde el primer momento, pueden mantener la postura y el silencio, aprenden a no correr, a no hablar fuerte, a no pisar la alfombra, a hacer caso al catequista, a entrar y salir con la dignidad y delicadeza con que Jesús los trata.
- ◆ **En su momento aprenden a arrodillarse.** Una vez que se ha hecho la reunión en la que hacen la experiencia de la presencia de Jesús en la eucaristía, pueden hacer una genuflexión sencilla, después de haber saludado y adorado de pie; hay que enseñarles a hacerla bien, con unción, sin prisa, con equilibrio corporal.

PRIMER NÚCLEO: ORACIÓN DEL CORAZÓN

Oración inicial

El presbítero y/o el catequista hace la señal de la Cruz y ora en voz alta de modo espontáneo. Los niños la pueden repetir “en secreto”, sin hablar, sin levantar las manos. Puede ser una oración de acción de gracias por ese día, por la vida, por el sol, la lluvia, el alimento, los papás, los hermanitos, la parroquia, los profesores, los amigos, por venir a estar con Jesús; y de petición del Espíritu Santo, para que nos guíe

y ayude en la reunión. Con frecuencia, tras la señal de la Cruz, entonamos un canto que han vivido en reuniones anteriores: ello los recoge y los introduce en el marco de la reunión. Nos sentamos de nuevo.

Memoria de la reunión anterior y de las presencias y recuerdos de Jesús

◆ **Les preguntamos lo que recuerdan de la reunión anterior:** qué hicimos, qué Palabra aprendieron, qué han hecho con esa Palabra en sus casas y en su vida... Y así partimos de lo que recuerdan, subrayamos alguna cosa... (habida cuenta de que su "memoria" es más bien poco explícita, sobre todo en los más pequeños).

- ◆ **Les invitamos a recordar las presencias de Jesús que ya han vivido.** Les abrimos progresivamente a esos signos y presencias, reunión tras reunión. Los niños distinguen con mucha claridad lo que es signo de lo que es presencia. Y no nos limitamos a las presencias del oratorio: en la vida, en la historia, en los hombres... Jesús también ha dejado "iconos" suyos y lugares de encuentro.
- ◆ Conviene que **el primer día de oratorios**, en este momento, se pueda tener **un diálogo de este tipo** con ellos.

Diálogo en el primer día de oratorios durante la Memoria de las presencias y recuerdos de Jesús

Catequista: ¿Dónde está Jesús?

Niños: En el cielo, en todas partes, en todo el mundo.

C.: Muy bien, les decimos. Pero aquí, ¿dónde está Jesús?

(Los niños empiezan a buscar con la mirada, a señalar todo lo que ven).

N.: Ahí. (Y señalan un cuadro).

C.: No, ese es un santo, un amigo de Jesús. Ya hablaremos de él. O es de María: nos recuerda a Jesús con su mamá.

N.: Ahí, en la cruz.

C.: En la cruz, ¿está Jesús? ¿O cuando miras la cruz te acuerdas de Jesús?

(Y les enseñamos que la cruz nos recuerda que Jesús murió por amor a los hombres).

N.: ¡La vela!

C.: Tampoco. Ese cirio nos recuerda que Jesús, después de morir, resucitó y está vivo para siempre.

N.: ¡En la caja!

C.: Se llama sagrario. Ahí sí que está Jesús, y está vivo, y nos ve y nos escucha; y quiere venir a nosotros, como un pan que nos alimenta y fortalece... Y un día lo abriremos y le veremos.

C.: ¿Dónde más está Jesús, cerca de nosotros, entre nosotros?

(Algunos niños pueden apuntar: en el corazón, en nosotros, en la Iglesia...)

Se acogen estas respuestas y seguimos preguntando: ¿Dónde más?).

C.: ¿Queréis que le pidamos que venga a nosotros? Vamos a pedirselo.

(Les enseñamos la postura de oración, cierran los ojos, y el catequista empieza a decir frases cortas, que ellos repiten en silencio varias veces seguidas, como "Ven, Señor Jesús").

(Durante este silencio se enciende una vela y se saca de la funda el Libro, que ya está desde el principio sobre el almohadón, de modo que al abrir los niños sus ojos puedan reconocerlo por el brillo de las tapas y del borde de las hojas).

(Cuando abren los ojos, se reinicia el diálogo).

C.: *¿Ha venido Jesús?*

N.: *¡No! Dicen algunos.*

(Otros se sorprenden del cirio y descubren el libro. En ese momento les decimos):

C.: Jesús está en este libro: Él habla cuando lo leemos. ¿Queréis que leamos, a ver qué nos dice el Señor? (Y se les indica que en seguida tenemos la proclamación de la Palabra).

Oración del corazón

Los niños repiten para sí (en secreto), las frases -cortas- que el catequista dice para ayudarles en la oración; por ejemplo: *Ven señor Jesús; Jesús, enséñame a rezar; Jesús, enséñame a escuchar; Jesús, enséñame a cantar; Jesús, enséñame amar; Jesús, dame el Espíritu Santo; Gracias, Jesús, porque me quieres mucho; Jesús, yo también te quiero.* Algunas veces se les deja unos momentos para que ellos en silencio escuchen a Jesús y le hablen.

Canto meditativo

En continuidad con la oración en silencio, sin interrumpirla, en la misma postura, entonamos un canto meditativo, tranquilo, que a veces punteamos con la guitarra al principio o al final del canto. Muchos niños permanecen en oración, con los ojos cerrados, mientras cantan, o escuchan y esperan. Para cada reunión se propone un canto. Puede cambiarse por otro si se considera oportuno. Un canto siempre apropiado para este momento es: "El Señor Jesús me alumbró con su luz". Acabado el canto, les preguntamos a veces qué han escuchado o qué le han dicho a Jesús.

SEGUNDO NÚCLEO: ORAR CON LA PALABRA

Introducción a la Palabra

Introducimos la Palabra recreando situaciones, recordando experiencias suyas, haciendo preguntas que no pueden contestar del todo y que les estimulan la curiosidad e imaginación; les acercamos el Misterio, creando expectación. Se busca en este momento abrir el oído, y, con él, el espíritu y todo el ser a la Palabra de

Jesús. Recordamos que, al leer el Libro, habla Jesús. Y que es importante saber sus Palabras: nos ayudan, nos asemejan a él. Para cada oratorio, se le ofrecen al catequista unas indicaciones concretas para este momento.

Escucha de la Palabra

En cada reunión proclamamos una Palabra (textos evangélicos, normalmente breves), leyéndola tal cual de la Biblia (de la versión de la Conferencia Episcopal Española, o de una Biblia con lenguaje para niños, pero con los textos completos). A veces suprimimos detalles no necesarios; otras veces, explicamos sobre la marcha alguna Palabra, para ayudar a la atención. Conviene tener en cuenta estos consejos: libro en las manos, leer pausado, ser expresivo, íntimo, sin gritar. Al final, decir: "¡Palabra del Señor!", y dar un beso en el Libro.

Comentario a la Palabra

Cuando la Palabra no es recordada por nadie, les preguntamos si quieren escuchar de nuevo. Y la proclamamos otra vez. A continuación, se tiene el momento más "catequético" de la reunión. Para cada oratorio, se le ofrecen al catequista unas indicaciones concretas para este momento.

Versículo clave

Se ha comprobado el valor de memorizar frases de evangelio. En este momento invitamos a los niños a repetir las "Palabras de Jesús". El niño voluntario, que cree que sabe el versículo y ciertamente desea aprenderlo, es ayudado por el catequista, y va corrigiéndose o repitiendo, según este le dice. Al acabar siempre lo animamos y felicitamos al niño porque ya

se parece más a Jesús, pues sabe y repite sus Palabras ("¿Estás contento de saber las Palabras de Jesús? Ya te pareces más a Él. Puedes acercarte y besar el libro"). Y así con todos, para que todos tengan esta experiencia de pronunciar las Palabras de Jesús. A veces las repiten en grupitos de tres o cuatro. Se puede acabar recitándolas todos juntos.

Aplicación a la vida

Nunca hablamos de compromiso, sino de continuar viviendo lo que aquí experimentamos. Cada reunión tiene su peculiar prolongación en la experiencia. La aplicación a la vida puede expresarse en la continuación de los cantos, las oraciones y los gestos. También en la propuesta de cambio de actitudes, o de contar en casa lo oído y vivido. Y por supuesto siempre es ocasión para invitarles a vivir esa Palabra. Conviene avisarles que en la reunión siguiente les preguntaremos lo que han hecho y han vivido.

TERCER NÚCLEO: ORAR JUNTOS

Oraciones en común

Las hacemos cuando ya han aprendido a rezar (desde las primeras reuniones ya se les inicia progresivamente a los diversos tipos de oración: petición, acción de gracias, alabanza, bendición...; ellos las van aprendiendo).

- ◆ **Se les propone** y quien quiere rezar lo indica y se pone de pie, con las manos levantadas, los ojos mirando al cielo o cerrados o naturales. Hace su oración, y acaba diciendo: "Te lo pido, Señor", o "Te doy gracias, Señor". Todos escuchan y se "ponen de acuerdo" con él contestando: "Te lo pedimos Señor" o "Te damos gracias, Señor".
- ◆ **Se les ayuda:** A los niños que nunca lo hacen, les proponemos y ayudamos a hacerlo. Hay que orientarlos, poco a poco, a que digan cosas importantes para su vida; se les anima a ser originales (para que no repitan la misma oración); no obstante, se les respeta siempre; si hacen una oración inadecuada se les invita a que pidan algo que nosotros mismos sugerimos.

- ◆ **Se les anima:** Siempre viene bien subrayar que lo que han pedido es muy importante, o que Dios los ha escuchado y se lo dará. En ocasiones los niños dan gracias a Dios porque han visto "cumplida" su oración de reuniones anteriores.

Oración final

El *Shemâ*, el *Padrenuestro*, el *Avemaría*: las hacemos siempre. Las hacemos de pie con las manos alzadas, escuchando y repitiendo en silencio la oración conclusiva del presbítero o catequista:

Shemâ

Escucha, Israel:
 El Señor, nuestro Dios,
 es el único Señor.
 Y amarás al Señor, tu Dios
 con todo tu corazón,
 con toda tu mente,
 con todas tus fuerzas.
 Y amarás al prójimo
 como a ti mismo.
 Haz esto, y vivirás.
 Shemá, Shemá, Israel.

Padrenuestro

Padre Nuestro que estás en el cielo,
 santificado sea tu nombre;
 venga a nosotros tu Reino;
 hágase tu voluntad
 así en la tierra como en el cielo.
 Danos hoy el pan nuestro
 de cada día;
 perdona nuestras ofensas,
 como también nosotros perdonamos
 a los que nos ofenden;
 no nos dejes caer en la tentación,
 y líbranos del mal. Amén.

Avemaría

Dios te salve, María.
Llena eres de gracia.
El Señor es contigo.
Bendita tú eres
entre todas las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.
Santa María, madre de Dios,
ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora
de nuestra muerte. Amén.

Bendición e imposición de manos

La bendición la damos siempre si hay presbítero, a partir de la reunión en que los bendice e impone las manos por primera vez. Los niños inclinan la cabeza y son bendecidos, sin signarse (al menos al principio, que tienden imitar los gestos del presbítero y se hacen un lío). La imposición de manos se indica solo en las celebraciones especiales. También la hacemos en situaciones especiales en que la necesitan (por conveniencia del mismo desarrollo de la reunión), para significar el amor cercano de Jesús. Se hace en el centro de la alfombra, o acercándose a su sitio, uno por uno.

Dos pequeñas propuestas son importantes antes de terminar: Una, la sección **"Para saber"**, con pequeños textos tomados del Catecismo oficial de la Conferencia Episcopal Española para el despertar religioso titulado "Mi encuentro con el Señor. Los primeros pasos en la fe". La otra, recordarles el recuadro que tienen en el cuaderno bajo el título de **"En casa"**, donde se les propone escribir una síntesis personal de su vivencia en el Oratorio.

Se puede terminar con un canto final

"Niños pequeños" es un canto que viene siempre bien, como canto para la misión, y a los niños gusta mucho.

Despedida y salida

Desde su sitio, cada niño inclina la cabeza al sagrario, se despide de Jesús, y sale uno tras otro, ordenada y silenciosamente, sin correr, sin prisas, sin pisar la alfombra, sin empujarse ni "colarse" y en silencio. Si esto no lo respetan, vuelven a su sitio, se calman y se inicia de nuevo la salida.

